
La acción directa sobre los centros nerviosos

(Traducido por el Profesor de Francés Sr. D. Abelardo Tamariz C.)

Desde hace tres años he hecho averiguaciones sistemáticas, sobre cerca de ochocientas enfermedades, y estas averiguaciones me han suministrado datos sobre un tratamiento tan simple como eficaz sobre diversas afecciones.

Los primeros resultados de mis investigaciones, los comuniqué á la sociedad de Neurología de París; y á medida que las observaciones se acumulaban y la práctica se fijaba, publiqué el resumen de mis investigaciones en la Sociedad de Biología, en la Academia de Medicina y en la Academia de Ciencias, como también en varios periódicos, tales como los Archivos generales de Medicina y Cirugía y en el Diario de Medicina Interna.

Esto lo he hecho guiado frecuentemente por satisfacer la tan legítima curiosidad de investigar mis propias enfermedades, y éstas me han parecido á menudo tan comprensibles bajo mi modo de ver y de operar, que no dudo de estas nociones, tanto más cuanto que llevo tres años de madura experiencia. Y lo hago ahora, con el objeto de que estas nociones se extiendan útilmente y para establecer un sistema que los prácticos no rehusarán estudiarlo, atendidas la facilidad, lo desconocido de él y la eficacia del procedimiento.

He aquí algunas nociones de extrema simplicidad y que están al alcance de toda persona, aun de las más extrañas á las Ciencias Médicas, y que todo médico, por su parte, podrá transcribir á un lenguaje más técnico, y desarrollar según su ciencia personal. Puestas en cierto orden, conducen directamente á aplicaciones prácticas interesantes.

I

Se admitirá sin discusión que, cuando reclamamos la ayuda de un médico, es porque en muchas partes de nuestro organismo, las cosas no son como deberían ser y no suceden como debieran suceder. Cualquiera que sea la función interesada, como también su turbación, podemos decir que hay *una ruptura del equilibrio funcional*; y por otra parte, cualesquiera que sean el órgano ó el tejido afectados, cualquiera que sea su lesión, podemos afirmar, sin comprometernos demasiado, que hay *una ruptura de la integridad orgánica*. Esta noción, expuesta con toda ingenuidad y bajo una forma tan exacta y general, y en lo posible reducida, basta para premisa.

Porque ¿cuál es el responsable de los equilibrios funcionales que forman nuestra vida normal y de la integridad de millares de elementos que forman nuestro cuerpo? ¿Cuál el aparato que dirige á todos los gérmenes elementarios en una vida común, que centraliza todas sus necesidades, capitaliza todas sus actividades, distribuye sus funciones, da la fuerza y la salud á cada uno según sus propias necesidades y según sus deberes orgánicos, impuestos en interés general del organismo y de las funciones de cada parte de nuestro cuerpo? Es el sistema nervioso central, y en éste, muy en especial, *el bulbo*; es decir, la cabeza misma de nuestra médula, la que capitaliza, coordina y combina las funciones de los centros nerviosos reguladores de los contadores fisiológicos, unidos en una especie de bolsa del trabajo orgánico, y cuyo perfecto funcionamiento asegura la salud bajo todas sus formas combinadas.

Al presentarse en el organismo tales turbaciones, ¿en qué debe pensar, desde luego y siempre, el médico, sino en ese *bulbo* y en los centros nerviosos que él contiene? Si la enfermedad es aguda, entonces el bulbo se resiste á ella, y el médico debe sostenerlo en su lucha á fin de mantener el equilibrio funcional y la integridad orgánica; ó bien la enfermedad es crónica y no persiste sino por la debilidad de un bulbo rendido é impotente; ó bien se hace estable por la insuficiencia de la energía bulbar, insuficiencia hereditaria ú ocasional producida por una alteración nerviosa; ó en fin, la enfermedad crónica no es sino una manifestación de la falta de equilibrio en nuestros aparatos reguladores bulbares; diabetes, linfatismo, gota, &c. En todos los casos y directamente, debe el terapéutico poner su vista sobre este *bulbo*. Esto se hace desde luego, pero de una manera inconsciente.

Entre los seres que tienen organización fisiológica al-

tamente centralizada, como el hombre, nada se opera en el cuerpo sin la acción de los centros nerviosos; ningún medicamento, ninguna terapéutica, aun cuando sean inmediatamente aplicados al órgano afectado, no hacen sino remontarse directa ó indirectamente á los centros nerviosos de este órgano. Una cataplasma, una vegiga de hielo, una inyección de suero, una fricción, un masaje, un baño, una electrización, un medicamento, una cauterización ú otra cosa cualquiera, no obran sobre el órgano, sino cuando interviniendo los centros nerviosos del órgano, reciben de ellos su vitalidad y su actividad. Lo mismo la cirugía, muestra su intervención directa y local y explora constantemente la reacción nerviosa, sin la cual no se repara ni corrige el equilibrio funcional; y las consecuencias de una modificación local que son, por lo tanto, limitadas, no son á menudo sino repercusiones lejanas, que pasan desatendidas, de las ventajas indirectas queridas y buscadas.

Podemos por una simplificación de ideas, como la que hemos empleado hasta ahora en la patología, notar que toda la terapéutica conocida, aparte de los tibiales efectos locales de la intervención quirúrgica, se transforman en una acción directa ó indirecta sobre los centros bulbares, encargados del mantenimiento de equilibrio funcional y de la integridad orgánica.

II

¿No es cierto que si ahora pudiéramos encontrar un modo de actuar directamente sobre los centros bulbares, sobre tal centro en particular, y hallar un procedimiento que sea entre todos el más inofensivo y que el médico pueda tener á su disposición, y sobre todo si este procedimiento da buenos resultados, no es cierto que nos halláramos preparados para la lucha contra el mal?

Un nuevo y pequeño silogismo va á llevarnos á la conclusión.

Todos los nervios sensibles convergen en el bulbo. Sabemos que el sedal en la nuca, la cauterización en el brazo, la revulsión en cualquier parte del cuerpo, la aspersion fría en el rostro, el baño caliente de pies, la irritación intestinal producida por un purgante, el baño frío, pueden obrar sobre el bulbo y suspender una jaqueca, un vértigo, hacer cesar un síncope, un acceso de asma, de opresión cardiaca, disminuir la temperatura, &c. Todos estos procedimientos han tenido pruebas desde hace siglos; no obstante su acción era desconocida.

Pero ningún nervio sensible, y lo reconocen los anatomistas, ofrece, entre los centros bulbares, un camino más

corto y más directo que el nervio *trigémino*, el nervio sensible de la cara. Y además la observación clínica enseña que ni el grueso tronco nervioso formado por la reunión de tantos nervios, que ni los nervios del rostro, ni los de la cavidad bucal son vías muy favorables, sino el nervio de la mucosa nasal—no el del olfato propiamente dicho—sino el de la sensibilidad común de esta mucosa. Hay aquí toda una literatura, desgraciadamente muy poco conocida de los médicos; turbaciones profundas tales como la epilepsia, el asma, el vértigo, la impotencia, los desórdenes menstruales, la incontinencia y aun los desórdenes psíquicos, se han visto desaparecer á consecuencia de un procedimiento nasal. Se combate de este modo las diversas formas de la enteritis, de la ansiedad, &c.

Tomando la mucosa nasal como vía accesible ¿cuál es el procedimiento de la acción?

El más delicado, el más eficaz y el menos penoso posible. La observación clínica nos enseña también lo mismo. No son estos los grandes traumatismos que producen la más fácil de las reacciones nerviosas en general, ni las fuertes conmociones morales y físicas. Los temblores de tierra habidos en Messina, que parecían sacudir á la naturaleza tanto física como moral, los desgraciados que allí no murieron se vieron atacados de histeria, y no pudieron hacer aquello que con una simple contrariedad moral ó una ligera herida se hubiera podido hacer fácilmente. Un puñetazo en la nariz no produciría ninguno de los fenómenos espasmódicos: el estornudo, la tos, el lagrimeo, ni el abundante derrame seroso, como produciría un grano de pólen ó de polvo, un juego de luces, en un hombre que padezca asma nasal. Un foetazo dado en la piel hace espeluznar, lo mismo que la sensación irresistible que experimentamos con el más leve y superficial rozamiento; hay también reacciones espasmódicas del orden voluptuoso.—El traumatismo hiere pero no enerva; y es preciso imponer á los centros nerviosos el enervamiento ó el contra-enervamiento. Muchas veces un medicamento administrado en dosis infinitesimales produce efectos que no producirían dosis exageradas; esta es toda la homeopatía. Una solución de cocaína al centésimo, aplicada sobre la mucosa nasal, podrá provocar vértigos por la opresión respiratoria y cardíaca, enfriamiento de las extremidades, perturbaciones psíquicas, el reír ó el sollozar irresistibles, el síncope y grandes accidentes que no produciría una toma de cocaína pura.

Apliquemos ahora ligeras y pequeñas cauterizaciones en lugares superficiales que lastimen apenas la mucosa nasal y cuyos vestigios desaparezcan en dos días, evitando en lo po-

sible toda irritación y reacción locales, y entonces producirán efectos considerables y felices sobre los centros bulbares. Es por no haber tenido en cuenta la diferencia verdaderamente esencial entre las mínimas y fuertes cauterizaciones, porque los especialistas han experimentado tantos fracasos en el tratamiento nasal del asma, y se han visto precisados á renunciar esta práctica, la única racional ahora.

Si el procedimiento de la galvano-cauterización superficial es tan fácil, tan práctico y realmente poco penoso, vamos á utilizar más allá de la mucosa nasal, sirviéndonos de este cable telefónico, el trigémino, hacia tal ó cual centro bulbar para despertarlo si se duerme, darle energía si desfallece, calmarlo si se exalta, y entonces veremos los resultados que dan estos ensayos.

III

Pero no basta cauterizar ligeramente, sino que es preciso saber dónde se cauteriza. La mucosa nasal va á servirnos de cuadro telefónico para comunicaciones bulbares—si se me permite hacer esta comparación—pero es necesario colocar la ficha en el mismo centro nervioso.

Al presente el cuadro varía sensiblemente con cada individuo. Sin duda alguna todas las narices se parecen, todas son narices, pero no hay dos que sean iguales; y si se considera la complexión anatómica interior de la nariz con sus cornetes y tabiques planos, se imaginará por qué dos narices difieren la una de la otra, tanto por su interior como por su exterior.

Por otra parte, independientemente de la forma de las partes interiores de la nariz, es menester tener en cuenta la distribución de los filamentos del nervio *trigémino* bajo la mucosa, la cual varía también según los individuos.

En fin, es evidente, sin ir más lejos, que la estructura de los centros nerviosos que forman el bulbo y el bulbo mismo, no son idénticos en cada uno de nosotros, y que somos también distintos los unos de los otros tanto por el bulbo como por la nariz. El médico encontrará ventajas en ser rinologista y neurologista á la vez, como también en familiarizarse con la *contextura* de los centros bulbares y con los meatos de las cavidades nasales.

IV

He aquí algunos grandes rasgos.

De manera la más general, el centro nervioso se halla situado bajo el bulbo; mas la parte del trigémino na-

sal que es preciso tocar se halla situado delante de la nariz. Así para tratar las perturbaciones urinarias ó genitales, los desórdenes menstruales, incontinencia, &, lo mejor es cauterizar cerca de los orificios de las fosas nasales, ya sea bajo el tabique movable, ó en el ala de la nariz, ó sobre la parte anterior del tabique evitando las arterias, ó encima del cornete inferior.

Subiendo á lo largo del cornete inferior, se podrá modificar la tensión arterial, los fenómenos cardiacos, los desórdenes vasculares, las hemorroides, las congestiones hepáticas, &.

Subiendo más, hacia la convexidad del cornete inferior, alcanzaremos á los centros digestivos y podremos ver curarse, si tenemos suerte, las más pertinaces constipaciones, las enteritis muco-membranosas, &. Subiendo más allá, las dispepsias, los desarreglos gástricos de todo género. Después los fenómenos químicos que tienen regulación bulbar, y haremos desaparecer de las orinas el azúcar, la albúmina, los fosfatos, los uratos, el escatol, el indican, la urubilina, &, siempre que hagamos una cauterización adecuada y no haya lesión nerviosa definitiva.

Si nos ponemos en relación con los centros del gran nervio pneumogástrico, disminuirémos las opresiones viscerales, los miedos y la reacción angustiosa. Si suprimimos esta reacción angustiosa, suprimiremos también inmediatamente la opresión, la neurastenia, la melancolía, la hipocondría, la agarofobia, la claustrofobia, porque el cerebro se libertaría desde que el bulbo le haya dejado tranquilo y no se mezcle ya en las penosas reacciones del funcionamiento de los centros psíquicos.

La náusea y el vértigo, bajo todas sus formas, tienen su centro en esta región, es decir, encima del cornete inferior.

En los centros auditivos, los zumbidos y la sordera congestiva, se combaten igualmente por esta vía.

Todo esto se hace bajo la nariz. En el primer estado, atacamos los centros nerviosos respiratorios que mantienen las funciones mismas de la nariz. La opresión respiratoria con ó sin asma, el asma propiamente dicha, el asma nasal llamada comunmente asma de heno, el infarto bronquial, traqueal, nasal, el sudor acuoso muchas veces tan abundante, ciertas turbaciones de la voz, la fetidez del aliento ú oena, se disminuyen á menudo al tratarlas por esta región. Vamos á hacer averiguaciones sobre ciertos puntos críticos, cuyos tocamientos producen una crisis inmediata. Hay bajo la pared externa de la nariz á uno y otro lado del tabique; puntos á los cuales no se los puede tocar, cuando se

halla un hombre en la crisis del asma, sin provocar una extremada sensibilidad, un inmediato lagrimeo, catarro con estornudos y tos espasmódica; y basta cauterizar ligeramente estos puntos para cortar definitivamente toda manifestación asmática, enfisematosa, la opresión y la crisis. Si se cauteriza demasiado se provocará, sin duda, el efecto contrario.

Cauterizando en las membranas nasales superiores, se disminuirá la falta de olfato ó anosmia; y haciendo lo mismo más arriba se provocarán fenómenos oculares y oculomatores, pero es preciso tener aquí mucha prudencia, si se desea obtener satisfactorios resultados. Lo mejor es cauterizar en los centros del vértigo, que dirigen, á menudo, ciertas funciones de la vista y por cuyo apaciguamiento se puede hacer cesar estas últimas.

He aquí el plan de operación sobre el cual se puede aventurar la galvano-cautería, sin desechar los fracasos ocasionados por las particularidades anatómicas de cada uno, y teniendo en cuenta la probabilidad clínica siguiente:

La cohesión de los equilibrios funcionales, la armonía de los centros reguladores bulbares es tal, que dichos centros reúnen de una manera tan estrecha, todas las conexiones anatómicas y fisiológicas. A consecuencia de los desórdenes causados por la pérdida del equilibrio funcional vemos combinaciones y síntomas asociados que toman una fisonomía clínica, y á las cuales llamamos tal ó cual enfermedad. Se sabe que los desórdenes bulbares constituyen la diabetes común; y hay una serie de diabetes caracterizadas cada una por la participación variable de ciertos centros. Del mismo modo se reconoce á la enfermedad llamada bocio exoptálmico, á la epilepsia, en la cual todos los centros bulbares pueden perder momentáneamente el equilibrio y producir en consecuencia el ataque; lo mismo que á los estados neurasténicos combinados con la enteritis crónica y con los desórdenes menstruales, genitales, urinarios, &c. Todas las enfermedades conocidas pueden circunscribirse en las manifestaciones bulbares, y su patología aclararse notablemente al examinarlas de esta manera. Es sobre todo en las enfermedades infecciosas, agudas ó crónicas en las que el bulbo se desarrolla para combatir al microbio; una gran actividad en la digestión interior aumenta los jugos asimilables por la sangre y moviliza los glóbulos blancos destruídos por los microbios y cocidos por los jugos. Esta cohesión bulbar que agrupa, asocia y subordina los síntomas resultantes de una enfermedad, nos enseña el porqué, de un modo inverso, desaparecen espontáneamente ciertos desórdenes al querer suprimir otros. Una mujer, por ejemplo, ha

padecido una enteritis durante dos años, y ésta se ve desaparecer á consecuencia de un curetage uterino. Un niño cuyo desarrollo físico é intelectual es malo, se cura por la ablación ó extirpación de vegetaciones adencídes; al curarse de una enfermedad al estómago, se ve desaparecer el asma; otras veces desaparece la alepecia ó pérdida del cabello, al repararse un diente malo; una gastralgia desaparece en muchas ocasiones, al extraer la cera del oído; una tos desaparece al tratar un eczema, &.

Al obrar nuestras cauterizaciones nazales directamente sobre centros que tienen á otros bajo su dependencia, veremos desaparecer súbitamente cualquier desorden habido en ellos. Esta acción de un aparato nervioso sobre otro es lo que he estudiado bajo el nombre de *epistasis* (1): y ésta es toda la patología.

V

Al dirigirse este tratamiento á un centro bulbar que tiene por objeto mantener ó corregir una función, se observará que una misma cauterización y en el mismo punto, podrá corregir desórdenes enteramente opuestos, por ejemplo una diarrea y una constipación. El que haya momentáneamente perdido una función su equilibrio, en uno ú otro sentido, es siempre por efecto de la vuelta á su estado normal, es decir, al equilibrio funcional.

He aquí algunos hechos típicos.

Fuí llamado últimamente por el Dr. Edmundo Fournier para atender á un herrero atacado de vértigos paroxísticos, con titubeo, vómito, y de tal modo imposibilitado, no sólo para tener un volante, sino aun para mantenerse en pie. La crisis le duró muchos días y la enfermedad le hizo incapaz para fijar la vista en los carruseles, en las montañas rusas y en todo objeto movible. Viendo que se hallaban lastimadas sus orejas las cautericé y mientras ponía en orden mis instrumentos, declaró que sentía desaparecer el vértigo. Pudo recoger un alfiler del suelo; El Dr. Fournier le hizo dar vueltas y no pudo provocar el vértigo de Purkinje, y pronto quedó curado completamente de él. Algunos días después fué á la feria de Neuilly, donde disfrutó de todas aquellas distracciones vertiginosas. No había desaparecido solamente el paroxismo y la crisis, sino también la reacción vertiginosa que sentía después del ataque, y no es ahora lo que él era en otro tiempo. Este es el único caso que hemos observado de supresión inmediata del vérti-

(1) Neologismo francés que aún no tiene correspondiente en español.

go, y por el cual tanto yo como el Dr. Fournier, quedamos admirados.

Los Drs. Sicard y Tansard me confiaron una enferma de sesenta años de edad, y que desde hace cinco padecía de vértigos, mareos, con depresión, debilidad, ansiedad intensa, temía la luz y el ruido, con una neuralgia facial, zumbidos, sordera al oído izquierdo y complicaciones enteríticas. Tres meses guardó cama la enferma. Como me había decidido á hacerle primeramente una trepanación, después una punción lumbar, por ser un ensayo inofensivo. La primera cauterización hecha en Noviembre de 1908, dió por resultado un despeño urinario y la enteritis desapareció; el mareo persistía, pero la enferma pudo sentarse en la cama. La segunda cauterización hecha ocho días después, produjo la disminución de la neuralgia facial y de los zumbidos, no obstante el mareo persistía. Una tercera produjo abundancia de orina, disminución de la ansiedad, de la depresión, de la debilidad y de la fotofobia; y, por fin, una última hizo desaparecer la sordera del oído izquierdo, y después de una final y fuerte crisis desapareció el vértigo. La enferma se levantó y pudo ocuparse de sus negocios, valiente y sana. Salió del hospital poco tiempo después, cuando le permitió la temperatura y se dió el auto de curación.

Una señora, á consecuencia de una sinusitis en el rostro, había padecido durante nueve años una neuralgia facial derecha, cuyas crisis paroxísticas se unieron á una neuralgia mamaria derecha, produciendo extremada sensibilidad al costado derecho. La primera cauterización curó la nariz, la mejilla derecha, la región orbitaria y el punto neurálgico del seno; una segunda suprimió la neuralgia periorbital y la hiperestesia del costado derecho, y una tercera, la región temporal. Estas cauterizaciones fueron hechas en diferentes puntos y la curación duró un año.

He aquí otro caso bastante instructivo. El Dr. Dieulafoy, me envió una enferma que ha padecido largos años de una neuralgia sub-orbitaria, á pesar de su tratamiento. El año pasado tenté hacer cauterizaciones en los puntos mismos de la enfermedad, pero inútilmente; y después de cuatro tentativas tuve que renunciar. Este año volvió la enferma y habiendo tentado nuevos tratamientos y estudiando más detenidamente, me he convencido de que esta neuralgia le había sobrevenido á consecuencia de un asma de heno, y que no era sino una de esas transformaciones nerviosas, de las cuales hay muchos ejemplos. Cautericé, pues, directamente el punto crítico del asma, que como dije no existía; y después de dos días, la neuralgia había desaparecido totalmente. Lo que nos enseña cómo ciertos desórde-

nes se encadenan y suceden, y cuyas nociones deben serle familiares al médico.

He visto desaparecer del mismo modo, neuralgias bronquiales, y tres veces dolores ciáticos, y á menudo los producidos por las hemorroides.

VI

A menudo cede la jaqueca por este tratamiento, pero aquí como en el del vértigo y la ansiedad es preciso, si el tratamiento directo no da buenos resultados, después de algunas tentativas, indagar los desórdenes digestivos, genitales ú otros que sean la causa, y dirigirse contra aquellos. Se curarán mucho mejor los vértigos curando el estómago ó el intestino, que dirigiéndose á los centros de la oreja interna.

La dismenorrea ó menstruación dificultosa, la amenorrea ó sea los adelantos ó retardos menstruales, son fáciles de reglamentarlos con la supresión de los síntomas dolorosos; y aun la incontinencia de orina diurna ó nocturna, tanto de los niños como de los adultos, con ó sin epilepsia.

El profesor Dieulafoy y el Dr. Crouzon me llamaron á que viese á una joven que, durante un año había padecido de una enteritis muco-membranosa complicada con una constipación pertinaz, irrupciones dolorosas que le obligaron á guardar cama. Una cauterización hizo desaparecer todo dolor, tanto que la enferma se sintió netamente curada, aún antes que la constipación hubiese cesado, lo que sucedió al día siguiente. Algunos días después, totalmente curada y habiendo recobrado sus fuerzas pudo salir sin temor de recaer, á pesar de la suspensión de todo régimen.

Una señora de 53 años de edad, que durante toda su vida había sufrido una constipación absoluta, con continuos dolores de cabeza, que tenía encendido el rostro y las extremidades heladas, fué curada en la tarde misma en que se le hizo la cauterización, y pudo, desde el día siguiente, comer y beber cuanto deseaba; y desaparecieron todos los trastornos de la circulación.

Dos casos de curación inmediata en menos de veinticuatro horas no son raros, aun cuando la enfermedad haya sido muy antigua; si los desórdenes son antiguos podemos decir, con toda seguridad, que ellos pertenecen al orden funcional y que no hay en ellos lesión orgánica. Metafóricamente es un juego funcional pero que puede durar tanto como nosotros. He cuidado en la Policlínica de Rothschild, á un hombre de 64 años de edad, que por espacio de más de cuatro años padeció intensos dolores intestinales

después de las comidas, á la cual seguía una evacuación dolorosa de diarrea: tenía el color amarillento de los cánceros, sufría insomnios, y se encontraba albúmina en las orinas. Tuve, como todos los médicos que le habían visto, la convicción de que era un cáncer intestinal, y quise ver si podía calmarle los dolores, como lo había hecho con otros que padecían de verdaderos cánceres. La primera cauterización le produjo sueño, pero volvieron á aparecer los síntomas después de algunos días; y una segunda cauterización hizo desaparecer completamente la enfermedad. El ha cesado en su régimen y ahora come, bebe y duerme como todo el mundo; tiene la tez fresca y todo síntoma ha desaparecido desde Febrero de 1909. Ignoro si el enfermo tuvo cáncer, pero su estado general es magnífico.

El 8 de Enero de 1908, mi amigo el Dr. B. vió desaparecer igualmente por medio de una cauterización, una enteritis que le había sobrevenido á consecuencia de un ataque del cólera, en 1883. Al mismo tiempo desaparecieron un asma y una diabetes antigua, la cual no volvió á aparecer sino después de más de un año.

Respecto de las neurastenias rebeldes, falta, sin duda, elegir el mecanismo, y elegido se las verá desaparecer de la mañana á la noche. Una mujer á la que había curado de una enteritis y de un asma de heno la cual le duraba muchos meses en el año; trajo á su marido, al cual una neurastenia antigua le había imposibilitado para todo trabajo activo, volviéndole misántropo y triste. Hecha la primera cauterización, el enfermo se transformó, después de pocos días, en un hombre activo, sociable y emprendedor; lo he visto no ha mucho tiempo, y ha cambiado moral y físicamente.

Es menester para el tratamiento de las neurastenias en general, un tiempo más largo. Conozco á una señora, hoy en día, curada de una antigua neurastenia á la cual asistí sin avisar á su médico el Dr. Gaube du Gers, el cual examinaba con cuidado las repentinas modificaciones en la orina, que aceleraron su curación total y la consiguiente desaparición de la ansiedad.

Más numerosas son las enfermedades que puedo curar por medio de una sola cauterización, que aquellas que necesitan de varias para desaparecer. Sobre cerca de ochocientos casos, sólo diez han necesitado ser cauterizados por más de diez veces. A muchos de los enfermos no los he vuelto á ver sino después de uno, dos ó tres años; y aquellas personas que han sido curadas, pienso no deben tener recelo alguno de la recaída. Otras curaciones las he sabido de un modo indirecto, sin duda porque los enfermos, por ne-

glicencia, no me hicieron saber; y estoy sorprendido hasta ahora por semejante negligencia. No contando sino los casos confirmados de completa curación y durante un tiempo suficiente, la proporción es de un setenta y dos por ciento; ¿no es verdad que es ya una magnífica proporción?

Los desarreglos del aparato digestivo me han suministrado gran contingente. No contando sino los casos en que personalmente he apuntado desde hace tres años, cuento ciento cuatro constipaciones habituales, curadas sobre ciento cuarenta y cuatro que se me han presentado; cuarenta y dos enteritis muco-membranosas, en las cuales alternaban constipaciones y obstrucciones, sobre sesenta y uno; veintidós casos de diarrea crónica, sobre veintinueve. Aparte de insignificantes y conocidas curaciones, que las relato sin orden, tales como dilatación del estómago, gastralgia, enteralgia, neuralgia apendicular, quemaduras rectales, prurito del ano, crisis hemorroidales, pérdida del color, tenesmo rectal, atonía digestiva, hiper ó hipercloridia, jaquecas con náuseas, hemorroides, vómitos, hambres ó anorexia, sed, congestión hepática, ictericia, salivación excesiva, enflaquecimiento, obesidad, &, todas han desaparecido, igualmente, en proporción de más de un setenta por ciento, lo que indica las ventajas que tiene el actuar directamente sobre los centros.

La proporción observada en la curación del vértigo ha sido de un cincuenta y cinco sobre sesenta y nueve. La mayor parte eran de aquellos que tenían miedo á los espacios, á la agarofobia, al mareo de las escaleras, á los túneles ó claustrofobia. El mal de mar y el los ferrocarriles, han desaparecido en proporción de cuatro sobre siete.

La ansiedad bajo sus mil formas me ha dado la proporción de sesenta sobre setenta y dos. El asma, la opresión respiratoria, treinta y cuatro sobre cuarenta y uno; el asma de heno, diez y nueve sobre veintidós; la miastenia, ó depresión muscular, treinta sobre treinta y siete; la depresión moral, cuarenta y cinco sobre cincuenta y dos.

Muchos casos de jaquecas cerebrales, oftálmicas, laberínticas, &; la somnolencia y el insomnio; ciertas fobias se extinguen al amortiguarse la ansiedad; las crisis del histerismo y de la epilepsia han desaparecido igualmente.

La dismenorrea, con todo su cortejo de dolores y de desórdenes generales, han dado cuarenta y dos curaciones y muchos mejoramientos, sobre cuarenta y seis casos.

No doy aquí sino las principales enfermedades, que han sido tratadas por medio de cauterizaciones mínimas; una multitud de insignificantes molestias, como acné, urticaria, caspa, picazones, eritemas mensuales, &, han desaparecido á menudo sin deseo de curarlas.

VII

Estas cifras son sorprendentes y muchos de mis cofrades que han presenciado ciertos casos, quedaban sorprendidos al notar la rapidez en la transformación de sus enfermedades. Es por eso que no desprecio esta terapéutica, y, aun cuando no haya hecho cauterizaciones dignas de ser atendidas, puede suceder el caso de equimosis pasajera en el ojo de una nerviosa, y entonces es cosa demasiado sencilla para el médico acostumbrado á examinar la nariz, cosa fácil, y á manejar el galvano-cauterio, que es lo más simple del mundo. El mérito está en las aplicaciones, por cuanto cura y además permite al médico formarse ideas bastante exactas sobre el verdadero papel del sistema nervioso en general, y que por su acción directa pueden disminuirse muchas enfermedades.

DR. PIERRE BONNIER.
